

Querido amigo,

Seguro que esta misiva te sorprende, pues nuestros caminos se separaron hace mucho tiempo, y ninguno de los dos apreciaba las convicciones sociales como para volver la vista atrás y pretender que nada había cambiado. Nos seguimos enviando felicitaciones en cumpleaños, en Navidad, y cruzamos palabras educadas en las reuniones anuales de la promoción. Las corrientes de la vida, sencillamente, nos arrastraron a diferentes orillas. Yo mismamente nunca tuve la sensación de alcanzar tierra firme. Hasta que puse mi pie en algo, que no era una vida plena, o siquiera desnuda y dura roca madre. Son arenas movedizas, y amenazan con arrastrarme hasta el abismo.

Como recordarás de la última reunión, pertenecía a la comisión investigando el caso Randschill. Mis labores enfocaban mi experiencia en peritaje, y afortunadamente me mantenían alejado del drama humano que alimenta titulares y corazones iracundos en la ciudadanía. No negaré que la dimisión del secretario me pilló totalmente por sorpresa, casi tanto como cuando al día siguiente me comunicaron que la comisión se clausuraba. Todo esto ya lo sabes. Como también estarás al tanto de todos los rumores acerca de merecidas retribuciones que cayeron sobre el secretario, o que su sacrificio obedecía a un intento torpe de evitar que la gangrena envenenase a todo el gobierno. Lo que no sabrás es el motivo que me impulsa a escribirte, algo que encontré en las ruinas del edificio Randschill, curiosamente, el día antes de la dimisión.

Aquella cosa parecía un cráneo, o la desviación surrealista de un cráneo, si la dinámica darwiniana fuera capaz de siquiera imaginar un rostro que lo ornamentara. No era un fósil como los que adornan los museos, el hedor de la putrefacción impregnaba pellejos de color malsano por aquí y por allá. Sus enormes colmillos sugerían un depredador, pero era la astucia que emanaban las cuencas oculares lo que sin duda me causó más estupor. El jefe de sección no se molestó ni en encogerse de hombros, mencionando de pasada la papelera más próxima mientras se terminaba el bocadillo. Pero aquellas cuencas vacías y anormalmente grandes ya habían dejado una mácula en mi interior, y llevármelo a escondidas fue la única pulsión que parecía congraciarse con mi razón. Pasé la siguiente semana prestándole más y más atención mientras reposaba en la mesa de mi cocina; miradas de soslayo al leer el periódico primero, auténticas conversaciones en mi cabeza después. Había encontrado algo que no encajaba, y los engranajes de mi cerebro estaban fallando al borde de la sobrecarga.

Se lo enseñé a mi amiga Louise, con contactos en el Departamento de Antropología. Ella reaccionó con humor, advirtiéndose la broma, pero su mueca se tornó en algo a medias entre el espanto y la obsesión que ahora mueve mi mano. Descartada rápidamente la posibilidad de falsificación o fraude, acordó llamarme tan pronto como recabara más información y opiniones. Esperé ansioso su respuesta, sin atreverme a importunarla más de lo que ya había hecho. Rompí mi silencio cuando el nerviosismo ya se estaba tornando en insomnio, y fue entonces cuando me notificaron que no se había visto a Louise en la Universidad desde apenas días después de mi visita. Ni en su casa, como su apenado marido sollozaba.

Estoy muy asustado, mi buen amigo, y necesito tu ayuda. Yo había sido contratado para delimitar la responsabilidad legal de las autoridades en una tragedia evitable, y lo que he encontrado los últimos meses dista mucho de un cotilleo a publicar por la prensa amarilla. He dinamitado casi todos mis ahorros dándome a la bebida, porque es lo único que me permite dormir por las noches. Las arenas me engullen, y carezco de asideros, pero el recuerdo de nuestra amistad anterior me reconforta un poco y me ha permitido escribirte. Pero antes de contarte más cosas tenías que saber esto, por tu propio bien. Espero tu respuesta

Cortésmente tuyo, M